

**XXVIII Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, abril de 2016**

Tradición indígena en las crónicas mestizas

María Inés Aldao

En ponencias presentadas en Jornadas anteriores me he referido a una de las crónicas mestizas menos atendida por la crítica: *Historia de la conquista* (1599) e *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos* (1600)¹ de Cristóbal del Castillo.² En esta, su autor (cuyo origen étnico desconocemos) narra la historia de la migración mexicana hasta la fundación de México-Tenochtitlan, parte de la conquista del territorio a manos de Hernán Cortés y la construcción de la nueva ciudad por sobre las ruinas de la antigua.

Como suele suceder con varias crónicas del período, la historia de los avatares del manuscrito es tan misteriosa como lamentable: baste decir en esta ocasión que lo que se ha

¹ Originalmente las crónicas fueron dos pero siempre han sido publicadas como un solo texto dividido en dos partes. Ambas historias fueron escritas a lo largo de cuatro años: *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos* fue escrita entre 1597 y 1600 (“dispuesta y escrita por Cristóbal del Castillo, historiador mexicano, el cual acabó de escribir el martes 4 del mes de enero del año de 1600, y la comenzó a escribir el año de 1597”, 2001: 125) e *Historia de la conquista* fue compuesta entre 1596 y 1599, como advierte en su Prólogo: “Y ahora termina la escritura de este libro, el miércoles 14 de la cuenta del mes de julio, del año 1599” (2001: 133). El arqueólogo y coleccionista Antonio de León y Gama (17?-1802) reunió una importante colección de textos sobre historia indígena, entre ellos, los fragmentos de Del Castillo. A su muerte, dicha colección pasó a manos del abate y erudito Antonio Pichardo (1748-1812). Ambos, conocedores del náhuatl, son los autores de las descripciones de la obra completa. Los fragmentos que se conservan son aquellos que les han interesado. A partir de 1812, la colección pasó a los herederos de León y Gama, y de éstos al francés Joseph Marius Aubin, quien trasladó su colección a Francia, aunque no se encontraba en ella el manuscrito de Del Castillo sino la copia ya incompleta de Pichardo. Luego, esta fue hallada por Francisco del Paso y Troncoso, quien reunió los fragmentos y los publicó con su respectiva traducción en 1908. Ambas historias se conservan en el Fondo de Manuscritos Mexicanos de la Biblioteca Nacional de París. Para un desarrollo más preciso y detallado de la accidentada historia del manuscrito, recomiendo el artículo de F. Navarrete Linares, “Las *Historias* de Cristóbal del Castillo” (2003).

² Poco se sabe de Cristóbal del Castillo (1526?-1604?). Navarrete Linares señala que fue un indígena o mestizo con cultura indígena procedente del Valle de México, con un origen social aparentemente modesto, férreo cristiano educado en la tradición europea (2001: 11-14). Para Miguel Pastrana Flores, pertenecía a algún pueblo del área de Texcoco (2009: 255). Aunque León y Gama lo asocia con el pueblo texcocano y Pichardo lo llama vagamente “mexicano”, ambos coinciden en que fue indígena noble pues eligió escribir sus textos en náhuatl y conocía profundamente la historia indígena. Horacio Carochi y Clavijero refieren a él como “mestizo” (Navarrete Linares, 2001: 18, 23-24). De sus textos se desprende que parece haber vivido en Tenochtitlan y haber recibido educación por parte de alguna orden, seguramente la franciscana.

podido conservar del texto es, estimativamente, un tercio del total. A pesar de esta tremenda amputación, lo que resta de la crónica nos sirve y mucho para abordarla desde sus condiciones atípicas dentro del vasto grupo cronístico colonial.

Las crónicas mestizas más conocidas (pensemos en *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo o en crónicas escritas por frailes como la *Historia* del dominico Diego Durán) en gran parte emulan tanto estilística como ideológicamente las crónicas escritas por soldados, fundamentalmente las de Bernal Díaz del Castillo y Cortés. Ahora bien, otras, como la de Cristóbal del Castillo, no sólo se alejan del relato de la conquista de México “oficial” sino que en enunciación, retórica y estilo, presentan interesantes similitudes con las fuentes indígenas, tanto orales como escritas. En esta oportunidad quiero aunque más no sea introducir el tema del uso de la retórica indígena (fundamentalmente de los cantares acolhuas)³ en las crónicas de Cristóbal del Castillo. Pretendo desmitificar uno de los lugares comunes de la crítica colonial que da por sentado que la crónica mestiza presenta una enunciación casi idéntica a la de otras crónicas no mestizas del periodo.

Empecemos por decir que la crónica de Del Castillo está escrita en náhuatl,⁴ lo que produce un discurso muy distinto al de las crónicas escritas en español; por ejemplo, el lenguaje se torna más metafórico, más poético y, aunque parezca una contradicción, más directo en cierto punto, como veremos más adelante. Otro de los rasgos significativos es el posicionamiento enunciativo que dista en mucho del *locus* más cercano a un “nosotros” español que sí encontramos en otros cronistas mestizos como Juan Bautista Pomar y, sobre todo, Muñoz Camargo. En la crónica de Del Castillo, el “nosotros” no remite al español

³ El gentilicio acolhua señala a los pobladores de la antigua Acolhuacan, cultura anterior a la llegada de los mexicas que fusionaba a chichimecas, tepanecas, texcocanos y toltecas. Acolhuacan fue fundada a fines del siglo XII a partir de la llegada de los chichimecas de Xolotl al Valle de México, que se fusionaron a otros grupos nómadas, como los otopame (otomí-pame), de cultura nahua. En su crónica, Pomar señala que el término “acolhua” significa “hombres hombrudos”: “Así que acabados o convertidos en culhuaque usaron su lengua, que es la misma mexicana, y después andando el tiempo, llamaron a la comarca de la ciudad y su provincia Aculhuacan, en memoria de los chichimecas sus primeros pobladores, porque era gente más dispuesta y alta de los hombros arriba que los culhuaque, porque acol quiere decir ‘hombro’, de manera que por aculhuaque se interpreta ‘hombrudos’, y así nombraron a esta provincia Acolhuacan, que es tanto como decir tierra y provincia de los hombres hombrudos” (1991: 26).

⁴ Al respecto, dice Jacques Soustelle: “el náhuatl posee todas las cualidades que exige una lengua culta. Su pronunciación es fácil, armoniosa y clara. Su vocabulario es muy rico, y los procedimientos de composición que le son propios permiten crear todas las palabras indispensables, especialmente en el campo de la abstracción. Se presta admirablemente a comunicar todos los matices del pensamiento y todos los aspectos de lo concreto. Se acomoda tanto a la concisión lapidaria de los anales cuanto a la retórica florida de los discursos y de las metáforas poéticas. Era materia prima de selección para una literatura” (2013: 232).

sino a algún pueblo indígena que, aunque sin posibilidad de deducción desde el texto, aparentemente es un pueblo acolhua no mexicana.⁵ Pero, además, observamos una cercanía con la cultura indígena en tanto reitera o retoma elementos de la tradición oral. Si trazamos un correlato con los cantos y poemas recopilados durante el siglo XVI y que pertenecen a la zona acolhua, podemos señalar numerosas semejanzas tanto temáticas como estilísticas. (Trazo la comparación con algunos de los cantos que se conservan en alfabeto latino y que recopilaron, entre otros, Miguel León-Portilla (*Trece poetas del mundo azteca* 1978, *Cantares mexicanos* 2011) y José Luis Martínez (*Nezahualcōyotl, vida y obra*, 2010).

Unas palabras sobre el Prólogo de *Historia de la conquista*

En un gesto que remeda las crónicas de tradición occidental compuestas por soldados, Del Castillo comienza *Historia de la conquista* con un prólogo en el que se dirige al lector excusándose por posibles errores o faltas en la transmisión de la historia a través de recursos como el de la falsa modestia. El sujeto de la enunciación se presenta de la siguiente manera: “yo soy un necesitado, un pobrecito, le provoco asco a la gente, sólo causo compasión (a los que están) cerca de mi miseria” (p. 131).⁶ Necesitado de qué, cabe preguntarse. ¿De transmitir la tradición de su pueblo, sea cual fuere? ¿Es este un pedido de restitución de algún derecho que le ha sido negado? Nuevamente, la condición fragmentaria del texto y la oscuridad de la frase sólo nos permite conjeturar al respecto. De todas maneras, llama la atención el *locus* del “desdichado” o “pobrecito” (“menesteroso”, según la traducción) que remite a los cantares antiguos que seguramente Del Castillo conoció. En estos, existen muchos ejemplos de un yo poético que se representa con palabras similares. Por citar sólo algunos:

- “Yo soy menesteroso (...) yo soy desdichado”, dice el “Canto de la huida” de Nezahualcōyotl (León-Portilla, 1978: 59, vv. 4 y 28).

⁵ Las únicas referencias del narrador son: “nuestros abuelos, nuestros padres los texcocanos, y que aquí merecieron tierras” (p. 123) y “nuestros lugares” (p.107) en alusión al Acolhuacán.

⁶ La palabra utilizada por Del Castillo es *nicnotlacatl*, de *tlakatl*: hombre e *iknotl*: huérfano, pobre, abandonado (*Diccionario Nahuatl-Español*, 2001). Navarrete Linares, autor de la traducción de la fuente con la que trabajo, optó por la acepción “necesitado” (2001: 131) pero resulta significativo pensar en que, también, puede presentarse como un “huérfano” de su pueblo, ya destruido, o un “abandonado”, en tanto confusa raigambre cultural que lo mantiene en permanente tensión.

- Algunos ejemplos de la edición de *Cantares mexicanos* (León-Portilla, 2011) son: “Yo aquí cuento mis penas, soy menesteroso. / Nunca llegó a mí la alegría, el gozo” (“Otro canto triste otomí”, 59, vv. 5-6)
- “yo aquí menesteroso, / la miseria, con esto, aquí permanece” (poema XXI, 207, vv. 6-7)
- “Corazón mío, en verdad pereceré, / yo menesteroso” (“Canto de privación”, 711, vv. 12-13).
- También encontramos desdicha en un sujeto poético plural: “Somos menesterosos, / somos gente del pueblo, / así hemos contemplado el sufrimiento” en el poema “A la manera de Huexotzinco” (83, vv. 8-10).

En un gesto que lo aproxima a la retórica franciscana por su posicionamiento de humildad pero, también, a los cantares, este prólogo culmina con una firma peculiar: “Yo, el necesitado, Cristóbal del Castillo”, que recuerda el *locus* de los cantares de los *tlatoque* o nobles poetas:

- “Yo soy Nezahualcóyotl / soy el cantor” dice el *tlatoani* en “Poneos de pie” (León-Portilla, 1978: 63, vv. 3-4).
- “Yo, Cuacuauhtzin (...) yo soy desdichado” en “Canto triste de Cuacuauhtzin” (85, vv. 5 y 8)
- “Yo gimo, yo Nezahualpilli” en “Canto de Nezahualpilli” (103, v. 40)
- “Yo, Cacamatzin” en “Cantos de Cacamatzin” (123, v. 39)
- “¡Yo Axayácatl!” en el poema mexicana “Canto de los ancianos” (149, v. 8)
- “Yo, el señor Xicohténcatl” (219, v. 1) en “Canto de Xicohténcatl”
- También en: “Yo el príncipe Nezahualcóyotl” en el conocido poema “El árbol florido” (Martínez, 2010:185, v.16)
- en el poema “Canto de tórtolas”: “yo Ahuítzotl, lloro” (León-Portilla, 2011: 1085, v. 86).

Esto es reafirmación del lugar de la autoría y del yo como partícipe indirecto de la historia que cuenta y suerte de victimización como aquel que se siente “necesitado” de

letras pero, también, de referencias firmes de su cultura en un mundo posconquista que la está desvaneciendo.

Además de esto, encontramos otras similitudes con los cantares antiguos. El tema de la embriaguez o borrachera, que puede observarse en la crónica en las metáforas de la Noche Triste, es constante en los cantares. Dice Del Castillo en su texto que los españoles en la Noche Triste estaban “como si se hubieran emborrachado” (p. 147) (que, asimismo, recuerda la metáfora de los informante de fray Sahagún (capítulo XVII del Libro XII de la *Historia general de las cosas de Nueva España*) al describir la reacción de los mexicas ante el sonido del cañón español: “Todo esto era así como si todos hubieran comido hongos estupefacientes” (Sahagún, 2006: 754)). En los cantos, la metáfora del “corazón embriagado” es recurrente, símbolo del “ardor guerrero” (Martínez, 2010: 127) ardor que, en definitiva, podemos asociar también con la escritura.

- Por ejemplo, en el “Canto de Tlaltecatzin de Cuauhchinanco”: “El cacao floreciente está espumeando, / bebí licor florido, / lo saborea mi corazón, / embriaga a mi corazón” (León-Portilla, 2011: 397, vv. 9-12)
- “Canto de Nezahualpilli”: “Estoy embriagado, / está embriagado mi corazón” (León-Portilla, 2011: 815, vv. 1-2).

También encontramos numerosas alusiones a la embriaguez producida por el canto que, a su vez, ha sido generado por el dolor o al yo poético que se presenta como embriagado, metáfora de la enajenación producida por la poesía (Martínez, 2010: 128):

- “Sólo canto con tristeza en la tierra, / yo cantor, / sólo de mi interior sale mi tristeza, / el canto, embriaga mi corazón” (“Canto al son del teponaztli”, León-Portilla, 2011: 409, vv. 49-52).
- En el canto atribuido a Nezahualcóyotl, dice el yo poético: “Estoy embriagado, lloro, me aflijo” (Martínez, 2010: 207, v. 1).

Por otro lado, en la crónica está presente la metáfora de las flechas o dardos como lluvia: “sus flechas lloviznaban” dice Del Castillo (p. 145), símbolo de la batalla (Martínez, 2010: 127) y recurrente en la poesía nahua:

- “los dardos caen como lluvia” (poema XXIX de los *Cantares Mexicanos*, León-Portilla, 2011: 325, v. 63)
- también en el “Canto florido de guerra”: “Se esparcen, se extienden / una lluvia de obsidiana, / una lluvia de dardos” (León-Portilla, 2011: 943, vv. 42-44)
- “la tierra se agita, / se retuerce, / hay lluvia de dardos” (poema XLI, León-Portilla, 2011: 337, vv. 51-53) que también recuerda a la metáfora “como si la tierra temblara” (p. 147) de la *Historia de la conquista*.

Por último: La retórica de la pérdida

En muchos cantares antiguos el yo poético suele presentarse como “perdido” o “en vías de perderse” por distintos motivos. Uno, es la ausencia o indiferencia de la deidad. Dice el poema “A la manera de Huexotzinco”: “en algún lugar nos perderemos nosotros, gente del pueblo” (León-Portilla, 2011: 83, v. 7). Otro, la nostalgia del yo poético a causa de un futuro viaje. En el “Canto de Nezahualcóyotl” el yo poético dice: “Ya te dejo, mi Dios, Dador de la vida, / me lo ordenas; / ya me iré, me perderé” (León-Portilla, 2011: 377, vv. 18-21). Pero, a la vez, encontramos referencias a lo perdido en los poemas que se refieren al no tener adonde ir a partir de la conquista. Obsérvense estos versos del poema “Canto de peces”, que fue compuesto al caer México:

Sólo somos pececillos chichimecas,
somos menesterosos,
nos encierran en el agua
los que junto a nosotros están en México.
¿A dónde en verdad iremos?
Aquí sólo nos perderemos. (León-Portilla, 2011: 629, vv. 41-46)

También esto se ve reflejado en la confusión del yo poético en poemas como este, compuesto hacia 1550:

¿Quiénes son ahora los príncipes?
¿Quiénes están ahora en el agua y el monte, en la ciudad?
El verde mezquite se yergue,
la raíz del árbol de nuestro sustento,
allá vivieron los señores,

¿quiénes son ahora los príncipes? (León-Portilla, 2011: 511, vv. 57-62)

Cercano a la tradición indígena, en *Historia de la conquista* Del Castillo se hace eco de esta metáfora mediante la inclusión de lo que llamo la “retórica de la pérdida”, presente en dos aspectos en particular. En primer lugar, en la descripción que hace el enunciador del conquistador a través de metáforas relacionadas con aquello que se pierde a partir de la Noche Triste que anuncian la proximidad de una pérdida mayor (algunos ejemplos son: “están por perderse en la noche”, “se perderán en la noche”, “se iban perdiendo en la noche”: insistencia, inminencia y concreción que refuerza el patetismo del relato). En segundo lugar, en la fuerza con la que reclama a los españoles el violento reemplazo de su cultura por la occidental en un mundo aún conmovido por la guerra de conquista.

De esta manera, Del Castillo narra meticulosamente el verdadero objetivo del español que, como observamos en esta y en otras crónicas mestizas, no es precisamente la evangelización ni el conocimiento del otro. Dice el texto: “Una vez que llenaron de esa forma sus bolsas, se alegraron mucho, gozaron mucho, puesto que se irían, *se perderían en la noche*, con la noche saldrían a escondidas, como acordaron, y se contentaban y se alegraban” (p. 141. El resaltado es mío).

A partir del relato de la Noche Triste, la metáfora de la pérdida en referencia al español es utilizada para describir su fracaso bélico: “A muchísimos de ellos también los flechaban con las flechas de cabeza ancha de obsidiana, y era como si anduvieran perdidos (...) sólo andaban perdidos” (p. 147). Entonces, los “perdidos en la noche”, los españoles, son descritos como codiciosos, cobardes pero, también, como inexorables víctimas de la guerra que ellos mismos propiciaron.

Para finalizar

Construcción enunciativa, temáticas, metáforas, tonalidad. Si varios elementos de la crónica de Del Castillo remedan los cantares antiguos de la cultura nahua resulta evidente que este enunciador es uno de los más próximos a las fuentes indígenas y, me atrevo a decir, desde un posicionamiento más cercano a los pueblos menos “importantes” produce un movimiento de restitución de esa cultura en vías de desaparición por la posconquista.

Estamos ante un texto en el que interfieren de manera problemática y tensionada las tradiciones indígena y occidental, tradiciones que en las crónicas mestizas nunca ingresan de la misma forma y con la misma fuerza. La de Del Castillo se posiciona más del lado indígena, posicionamiento relacionado estrechamente con el origen étnico (desconocido) del autor y con los objetivos inherentes a su escritura.⁷ Mediante este rechazo y apropiación, podemos leer en la inadecuación, ambivalencia, oscilación de las crónicas mestizas una suerte de queja velada por la cual el enunciador acusa al destinatario (el otro español, los funcionarios coloniales, la nobleza indígena) de ser causantes de dicha heterogeneidad, como si la inscripción incómoda, “nepantla” (Durán, 1984; Velazco, 1998), fuese en sí misma adaptación y, a la vez, crítica al orden (colonial) establecido (impuesto). Es este lugar, como estrategia de colocación en ese mundo que (aunque no se explicita) les es hostil, el *locus* de enunciación de las crónicas mestizas.

Bibliografía

Cortés, Hernán (2010) *Segunda carta de relación y otros textos*. Edición, prólogo y notas de Valeria Añón, Buenos Aires, Corregidor.

Del Castillo, Cristóbal (2001) *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*, edición de Federico Navarrete Linares, México, Conaculta.

Díaz del Castillo, Bernal (2011) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición, estudio y notas de Guillermo Serés, Madrid, Real Academia Española.

Diccionario Nahuatl-Español / Español-Nahuatl (2001) Biblioteca de los Pueblos Indígenas – Instituto Mexiquense de Cultura, México.

Durán, Diego (1984) *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, edición de Ángel Ma. Garibay K., 2 tomos, México, Porrúa.

León-Portilla, Miguel (1978) *Trece poetas del mundo azteca*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

⁷ Criticar el orden colonial y la escasa importancia brindada a la nobleza indígena (o a los indígenas mismos) y reclamar un lugar en la sociedad y, por qué no, en la historia misma.

León-Portilla, Miguel et al. (2011) *Cantares mexicanos*, volumen II, 2 tomos, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Lienhard, Martin (1983) “La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año IX, n° 17, 105-115.

Martínez, José Luis (2010) *Nezahualcóyotl, vida y obra*, México, Fondo de Cultura Económica.

Motolinía, Toribio de Benavente (1985) *Historia de los indios de la Nueva España*, Madrid, Castalia.

Muñoz Camargo, Diego (1998) *Historia de Tlaxcala*, edición de Luis Reyes García, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala.

Pomar, Juan Bautista (1991) *Relación de Tezcoco* en Vázquez Chamorro, Germán (Ed.), *Relaciones de la Nueva España*, Madrid, Historia 16.

Sahagún, Bernardino de (2006) *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición de Ángel María Garibay, México, Porrúa.

Soustelle, Jacques (2013) *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, México, Fondo de Cultura Económica.

Velazco, Salvador (2003) *Visiones de Anáhuac. Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*, México, Universidad de Guadalajara.